

*Beatriz Mesa García**

LIBIA, EL NUEVO
NARCOTERRORISMO

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

LIBIA, EL NUEVO NARCOTERRORISMO

Resumen:

Inundada de armas, con unos índices alarmantes de delincuencia común, y unas luchas internas por el control del petróleo, Libia sigue hundida en el caos, dos años después del asesinato del ex coronel, Muamar el Gaddafi. Peor aún, el verdadero poder reside en las cientos de milicias con objetivos políticos bien distintos: Desde la creación de un Estado islámico, la conversión del país al sistema federal, o simplemente la lucha por el poder de hombres armados y comunidades tribales que rechazan el abandono de las armas por desconfianza en las nuevas instituciones políticas. La agenda del país la escribe, hoy por hoy, las facciones islamistas rivales, los traficantes de drogas y de armas, y los grupos terroristas. Libia, mientras tanto, en el limbo; sin ejército y policía capaz de imponer orden y seguridad.

Abstract:

Involves in guns, with alarming rates of common crime, and some internal struggles for control of oil, Libya is in a chaos, two years after the Arab uprisings and assassinate of former Colonel Muammar Gaddafi. Not enough, the real power is hold in the hundreds of militias with very different policy objectives: The creation of an Islamic state, the country's conversion to the federal system, or just the struggle between the tribal and army's forces to access to the power who reject drop the arms because they don't trust in the new political institutions. Rival Islamist factions, drug traffickers and arms, and terrorist groups write the agenda of the country today. Libya, meanwhile, in stand by situation without army and police able to impose order and security.

Palabras clave:

Libia, milicias yihadistas, Gaddafi, Consejo Nacional de Transición, katiba.

Keywords: Libya, jihadist militias, Gaddafi, National Transitional Council, katibas.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

INTRODUCCIÓN

Ningún proceso revolucionario puede desembocar en el mismo mar como prueban las revoluciones liberales inglesa, americana, francesa, española o hispanoamericana de los siglos XVIII Y XIX. Y si ponemos el foco en las revoluciones árabes, los resultados han sido muy diferentes en cada uno de los países sublevados¹. Teniendo en cuenta que las revoluciones son procesos complejos y su estudio debe hacerse con perspectiva, de momento ningún país ha vivido una verdadera revolución. Ésta se puede definir como un cambio rápido, fundamental y violento en los valores y mitos dominantes de una sociedad en sus instituciones políticas, su estructura social, su liderazgo y en la actividad y las normas de su gobierno². Se trataría, por tanto, de momento, de revueltas, ya que los procesos aún no han terminado. Y en el caso que nos ocupa, Libia, lo que empezó siendo una revuelta terminó en una Guerra Civil que ha dado lugar al caos social y político. Peor aún, la falta de instituciones fuertes ha permitido que se instalen en el poder grupos milicianos.

Han pasado más de dos años del conflicto de Libia, y la degradación del país en la etapa post-Gadafi preocupa tanto a las autoridades de los países vecinos como a la Unión Europea. Sobre todo, la incapacidad del gobierno de transición libio de encarar los múltiples desafíos que pasan por los asesinatos, ajustes de cuenta, torturas, arrestos arbitrarios, violaciones, enfrentamientos entre las milicias, los ataques producidos contra las tribus negras, la masiva presencia de yihadistas de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) en el sur del país, la implantación de Al Qaeda en las regiones de la Cirenaica y de Fizzan, el tráfico de armas o el tráfico de drogas que contribuyen en la desestabilización de toda la región. “Libia parece un país muerto, que se descompone lentamente, en silencio, lejos de las cámaras de televisión y de las miradas incómodas de los dirigentes”³.

¹ Redondo, Javier. Profesor en la Universidad Carlos III. “Anatomía de la revolución”, fue el título de su comunicación presentada en junio de 2012 en el Centre Jacques Berque de Rabat (CJB), dos años después de la llamada “primavera marroquí”.

² Definición de Samuel Huntington.

³ Describe el periodista Samuel Laurent, en su libro titulado “sahelistan”: De la Libye au Mali, au ceur du nouveau Jihad”. Ediciones de Seuil, mayo de 2013.

EL ESTADO DE SEGURIDAD

El llamado *triángulo de la muerte* que abarcaba el sur de Mauritania, el sur de Argelia y el norte de Mali se ha ampliado a otro país, Libia. El sur, que abarca las regiones de Oubari, Ghat, Wadi Alhayat o Morzuq, se ha convertido en el “nuevo dorado” de los grupos vinculados a las organizaciones terroristas de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), el Movimiento por la Unidad de la Yihad y el África Occidental (MUYAO) y la reciente Ansar El Sharía (Defensores de la ley islámica). La aparición de este creciente islamismo radical en algunos países del norte de África hace imprescindible la puesta en marcha de estrategias comunes entre los gobiernos de la región, pero también europeos. Sólo la planificación de una seguridad y defensa compartidas podrá frenar esta amenaza internacional. Los nuevos escenarios generados por las revueltas árabes han convertido esta necesidad en una urgencia para favorecer la estabilidad de las sociedades del Mediterráneo⁴.

De hecho, después de la primera reunión en la capital de Libia, Trípoli, representantes de los Estados del Sahel y del Magreb, además de los países del sur de Europa, se han vuelto a dar cita para afrontar el desafío de la inseguridad en toda la zona caracterizada por sus sensibles fronteras, que hacen efectiva la filtración de grupos terroristas. Esta vez, la ciudad elegida para el encuentro fue Rabat⁵ donde, con toda probabilidad, se ubicará un centro regional de formación y entrenamiento de agentes encargados de la seguridad de las fronteras. Esta fue la medida más importante que adoptaron los países magrebíes y sahelianos amenazados por fenómenos transfronterizos como el terrorismo o el crimen organizado. El jefe de la diplomacia francesa, Laurent Fabius, hizo un llamamiento a todos los países de la Unión Europea para que tomaran conciencia de la deriva de países como Libia, en cuyo suelo se han asentado bases de Al Qaeda para el entrenamiento y la propagación de la doctrina yihadista. La ausencia de la seguridad en el sur del país ha provocado que los grupos

⁴ Explicó en entrevista con esta autora, María Dolores Algora, profesora de la Universidad San Pablo CEU y experta en el mundo árabe.

⁵ El pasado 14 de noviembre, Marruecos acogió la II Conferencia sobre Seguridad de Fronteras, en la que veinte países del Magreb y el Sahel, junto con numerosas organizaciones internacionales, debatieron sobre la implantación de medidas efectivas para erradicar el terrorismo yihadista y el crimen organizado.

criminales comiencen a controlar algunos pasos por donde circulan las redes de narcotráfico y de armas. La implicación de los terroristas en el crimen organizado y la delincuencia común contribuyen a la financiación de los yihadistas para continuar con las actividades ilícitas. “La zona del Sahara-Sahel está marcada por un recrudecimiento de la actividad de los grupos terroristas y de las redes criminales trasnacionales”, aseguró Fabius.

Tanto Francia como el resto de sus socios de la UE expresaron durante el encuentro en Rabat la necesidad de invertir en seguridad fronteriza y desarrollo. Sin duda, la seguridad de los países del sur representa también la estabilidad de toda la cuenca mediterránea europea. De todos los países de la región, el que más preocupa a Europa es Libia, que ha padecido los efectos directos del conflicto de Mali donde la operación Serval⁶ consiguió expulsar a los yihadistas del norte del país pero no los eliminó. Los grupos terroristas de Ansar Dine, MUYAO o AQMI, esparcidos por el desierto de Ifoghas, al norte de Mali, y su tránsito libre por el territorio nigerino, y libio hacen presagiar un temible bloque yihadista que tiene como objetivo atentar contra todos los intereses occidentales tanto dentro del espacio sahel-saheliano como fuera. “Al Qaeda soñaba con el control de los pozos petrolíferos y eso quiere lograr en Libia”, alertaba un libio de la revolución de Misrata.

De hecho, la actividad petrolífera ha caído notablemente después de que algunas empresas decidieran zanzar la actividad económica en la zona a causa de la amenaza terrorista y el resto de grupos armados que campan a sus anchas. Allí en el sur, los tuaregs, las tribus árabes y las tribus toubous, las milicias armadas post revolucionarias y los grupos islamistas se mueven con la misma impunidad que hicieron los yihadistas del norte de Mali y aprovechan la coyuntura para realzar el negocio del contrabando. Tanto el tráfico de cigarros, medicamentos e incluso de las drogas.

Los países reunidos en la II Conferencia se comprometieron en apoyar al gobierno de transición libio en la creación de instituciones fuertes. Así las cosas, países como el Reino Unido o Turquía instruirán a más de cuatro mil militares y del cuerpo de la policía para hacer

En enero de 2013, tras una resolución de Naciones Unidas, Francia lanzó en el norte de Mali la conocida “operación Serval” para liberar las ciudades de los grupos yihadistas.

frente a la nueva contienda. Sólo que cuando estas fuerzas estén listas puede resultar tarde, teniendo en cuenta las ya existentes estructuras terroristas con una alta dotación en organización y equipos sofisticados. La visión de Ahmed Mustafa Dronba⁷, el director adjunto del ministro del Interior, es optimista: “los extremistas y cualquier grupo violento no tendrán cabida en Libia”. Para afrontar el desafío de la inseguridad, Dronba asegura que su Gobierno cuenta con la ayuda de la Comunidad Internacional para reformar sus estructuras e instituciones de Defensa, en respuesta a una solicitud de Trípoli.

¿QUIÉN CONTROLA LIBIA?

El pasado 20 de octubre se cumplió el segundo aniversario de la muerte de Gadafi en Sirte, el que fuera su bastión de reclusión durante la última etapa de la lucha contra las tropas rebeldes. Curiosamente, nadie salió a la calle para festejarlo. El desánimo se ha adueñado de los libios para quienes es difícil celebrar un cambio político que ha generado el hundimiento de la economía, la paralización de una política social y ha disparado los niveles de inseguridad. Hoy, muchos ciudadanos piensan convencidos de que “antes se vivía mejor”. Especialmente ciudadanos de localidades abandonadas del sur del país como Sebha donde, por ejemplo, la comunidad árabe de los Ould Slimane ha impuesto su hegemonía política frente a la comunidad Toubous⁸ (tribu propia), en la que pesa un mal estigma dentro de la población y contra la que se ha iniciado una política de linchamiento y difamación⁹. Una tercera comunidad árabe forma parte del complejo paisaje tribal, los Zouayis. Éstos también luchan por el poder y la legitimidad popular. Las rivalidades tribales y el poder que ostentan, a través de su vínculos con los traficantes y los hombres de Al Qaeda, ponen en riesgo la unidad nacional y explica una vez más la fragilidad del Consejo Nacional de Transición que no tiene ningún peso.

⁷ Entrevista con esta autora en noviembre en Rabat, durante una visita oficial.

⁸ Esta tribu, durante el régimen de Gadafi, ha sido considerada de segunda categoría. Calificados de “residentes extranjeros, refugiados o tchadianos”

⁹ Laurent, Samuel. Su obra “Sahelistan”, página 115.

Las primeras elecciones celebradas en Libia el 7 de julio de 2012, desde el golpe militar del régimen de Muamar El Gadafi, tan sólo pusieron un primer cimiento a la construcción de una estructura estatal. 1,6 millones de electores acudieron a las urnas de los 2,7 inscritos. Se eligió a los 200 miembros del actual Congreso General Nacional (Parlamento). El paisaje político se dividió entre la Alianza de las Fuerzas Nacionales de Mahmoud Jibril que obtuvo 39 escaños de los 80 reservados a los partidos políticos. El Partido de la Justicia y de la Reconstrucción que aglutina a los Hermanos Musulmanes¹⁰ y alcanzó 17 puestos y el Frente Nacional, que emana del partido histórico de la oposición, el Frente de Salud Nacional Libio¹¹, ganó tres escaños. El resto de escaños dispuestos para las formaciones políticas quedó muy fragmentado. Y los 120 escaños reservados a independientes. Sin embargo, esta configuración política o la implantación de las nuevas instituciones políticas legitimadas por unas elecciones celebradas en 2012, no supone ninguna garantía para el futuro democrático de Libia. El ejercicio de su actividad política se limita a Trípoli, la capital, y ni siquiera es influyente.

El pulso del país lo mantienen las brigadas y las milicias que vienen a reproducir el mismo sistema político que construyó Gadafi con los llamados “comités revolucionarios”¹². Aún con todo, los esfuerzos del gobierno de transición para construir instituciones de seguridad son elogiados. Se diseñó una hoja de ruta para la recomposición de la nueva Libia que pasaba por la recuperación de las tradicionales Fuerzas Armadas y de Seguridad, el Gobierno Nacional de Transición (GNT) y paralelamente se crearon dos unidades especiales con la intención de integrar bajo un mismo paraguas a las brigadas revolucionarias a cambio de una compensación económica.

¹⁰ Los Hermanos musulmanes libios están dirigidos por Mohamed Sowan. Su influencia en el país magrebí desde la llamada “primavera árabe” es creciente.

¹¹ El Frente de Salud Nacional Libio fundado en 1981 por Mohamed Youssef Magarief.

¹² Martínez, Luís. “Libye : une transition à l’épreuve du legs de la Jamahiriyya”. Publicado en el CIRE (Centre de E’tudes et de Recherche internationales)

The Suprem Security Council (SSC) y Lybien Shield Forces (LSF) se constituyeron en 2012 dentro de un programa del ministerio del Interior y de la Defensa para la puesta en marcha de esta política, pero los resultados fueron poco exitosos. “Las milicias que empiezan a estar legitimadas por el Gobierno no tienen ningún deseo de deponer las armas mientras éstas generen poder y dinero”.

El hecho de que el poder haya quedado fragmentado en diferentes milicias ha levantado una ola de depresión moral en la sociedad que aspira, con frustración, encontrar la calma, la seguridad y sobre todo el bienestar y la dignidad. Sin ir más lejos, el secuestro exprés del primer ministro libio, Ali Zidan, el pasado mes de octubre, en un hotel de la capital libia, tan sólo ha confirmado el estado fallido de Libia. Fue capturado por un grupo de hombres armados que responden a la milicia de “lucha contra el crimen” y encabeza el apodado “El Gatus”. Este grupo, desde hace algo más de un año, colabora con el ministerio del Interior para velar por la seguridad de Libia y combatir a las otras facciones expandidas por el país que repelen, con el uso de las armas, toda posibilidad de creación de un Estado Civil.

El inusitado secuestro respondió, por una parte, a su “complicidad” con Estados Unidos en la operación de la CIA que el pasado cinco de octubre permitió, en suelo libio, la captura de un jefe de Al Qaeda, Abou Anas al-Liby. Y por otra parte, también se relacionó con su implicación en el soborno de milicias para que éstas abandonen el control sobre campos petrolíferos en la región de Ras Lanouf.”¹³

“Lucha contra el crimen” de Trípoli forma parte del vasto mosaico de milicias o brigadas distribuidas por todo el país con fines políticos distintos. La primera tipología que se puede establecer, aunque no sea excluyente, ayuda a dibujar con algo de claridad el panorama. Se pueden distinguir entre las afiliadas al Gobierno y las enfrentadas al Estado. Aunque, en la realidad, ninguna jura pleitesía al actual ejecutivo transitorio. Según fuentes de antiguos combatientes de la “Revolución del 17 de febrero”, el Grupo Islámico Combatiente Libio

¹³ Entrevista en octubre de 2013 con Omran Ibnaljabal, miembro de las brigadas revolucionarias clásicas de Misrata.

(LIGF) es uno de los más poderosos en Libia, además de ser considerado uno de los más radicales por su pasado en Afganistán en la lucha contra los soviéticos. Lo dirige Abdelhakim Belhaj, feroz opositor al régimen de Muamar El Gadafi y ex combatiente en Afganistán. Cuando los soviéticos abandonaron Afganistán, Belhaj continuó por Pakistán y otras zonas de la región hasta que en 2011 sus compatriotas se alzaron contra el *profeta* del libro Verde y aprovechó para retornar a su país natal. Su katiba, que defiende figuras políticas como Khalid Sharif (actual viceministro de Defensa) tiene más de 25.000 milicianos, 60 tanques y armas ligeras. Le sigue, el grupo de la Salafiya Yihadista (los integrantes de este grupo buscan una aplicación literal de los textos religiosos) que controla Abd Rouf Kareh, uno de los responsables de los asuntos de seguridad. Tiene 12 escuadrones y 11.000 hombres. En tercera posición, la milicia de Abou Slim, liderada por Salah Al Briki (también combatió en Afganistán) y reagrupa a más de cinco mil miembros y también dispone de armas y municiones de diferentes tipos. Existen otras cientos de milicias distribuidas por la Cirenaica y la Tripolitana (las milicias de Misrata o Zintán, los mártires de Souk Alwasi, Al Kakad y Gergarech) y cada una impone sus propias leyes. Son pequeños estados dentro de un gran Estado.

Sólo hay que observar la deriva de las ciudades del Este, por ejemplo, Derna o Toubruk, para darse cuenta del anarquismo instalado. Las milicias islamistas están aplicando métodos afganos, así como la prohibición de compartir aulas alumnos de diferentes sexos, la prohibición de fumar en la calle o el cierre de peluquerías. En estas ciudades, además, los integristas atacaron varios mausoleos- algo que recordó a la actuación de los yihadistas del norte de Mali- porque representan una herejía para su visión del Islam. Todo ello no invita al optimismo ni a corto ni a largo plazo.

La zozobra de los libios ha provocado que muchos de ellos llamen a una “guerra preventiva” para volver a ordenar el país. En especial, la ciudadanía de Bengasi, la que fuera el corazón de la *revolución del 17 de febrero*, donde la sangre corre a diario sin impacto mediático o una intervención preventiva de las incipientes fuerzas coercitivas. Los ciudadanos del corazón de

la “revolución”- hasta 50.000 tomaron las calles tras el asesinato del embajador americano, Christopher Stevens- protestaron contra la desmedida violencia de las milicias y se dirigieron a los cuarteles donde se refugian las brigadas islamistas para atacarlas. Fue una clara muestra de rechazo y desafección hacia las nuevas autoridades que han erigido ciudades-estados autónomas disponiendo de su propia seguridad y presupuesto económico.

La integridad territorial, la nueva Constitución, el rol que el Islam representará en la futura carta magna o el peso que tendrán las otras identidades en la nueva Libia, han dejado de ser prioridades. La mayor preocupación reside en cómo acabar con la proliferación de armas.

Mientras no se interrumpa la circulación de armas por el país, que se calculan en 250 millones, no se puede hablar de instituciones ni de Estado. En 1970, Gadafi invirtió mucho dinero en la compra de armas de fabricación soviética para usos variados, algunos de esas armas fueron revendidas por el régimen de Gadafi a otras partes del mundo y cayeron en manos de terroristas, aunque el mayor arsenal de armas no se utilizó hasta la revuelta de 2011.¹⁴

Las consecuencias del deficitario estado de la seguridad está teniendo efectos directos sobre la propia población libia. Más de dos millones de libios han buscado refugio en otros países del Magreb y de Europa. Más de 400.000 mil personas, de piel negra (los Tawargha) son “refugiados” dentro de su propio país. Ayudados por la Cruz Roja Internacional, esperan una resolución a su situación para regresar a sus hogares. Al menos, cien oficiales han muerto en emboscadas o asesinatos a sangre fría en Bengasi y ninguna investigación ha sido abierta para dirimir responsabilidades.

¹⁴D’Mansour O. El-Kikhia, “Lybie: Les germes d’une nouvelle démocratie”. Publicado en el anuario de IEmed.



Fuente: International Crisis Group (ICG)

EL PASO DEL SALVADOR

La inestabilidad e inseguridad en Libia no sólo ha abierto las alas al terrorismo de la franquicia de Al Qaeda en el Magreb Islámico, sino que, además, ha permitido a la mafia del narcotráfico del Sahel penetrar sin dificultad por la franja libia para transportar la mercancía de la droga. Los grupos islamistas, supuestamente piadosos y atados a una religión que prohíbe el uso de este tipo de ilícitos para el lucro personal, protegen el tráfico y han favorecido a las redes del crimen organizado allanar una ruta, “el paso del Salvador”, en la región de Fizzan, escondida entre dunas y montañas. Por aquí, yihadistas y contrabandistas e intermediarios circulan para el transporte de la mercancía que desembarcan en ciudades fronterizas como Ghat y Oubari para luego ser trasladadas hacia Misrata o Trípoli y de allí, con rumbo a Europa, el principal demandante de la droga. Desde “el paso del Salvador” se abren otras rutas de tráfico hacia el noreste, atravesando la localidad de Koufra, para luego llegar hasta Egipto o más allá de la región de Oriente Medio. En las diferentes *caravanas* de la droga participan también jóvenes bandidos o simplemente “freelances” que no

encuentran porvenir en sus regiones y recurren a las redes de narcotráficos para arrojar un puñado de esperanza a sus vidas.

Los tuaregs, conocedores del terreno, juegan un papel fundamental en el entramado de la mafia de narcotraficantes. Si bien antes, su rol había sido proteger y servir a los intereses del régimen controlando el sur, ahora sus ambiciones económicas pueden transformarse en una estrecha colaboración con los narcoterroristas. Una situación similar ocurrió durante la última década en el norte de Mali donde los terroristas se apoyaron sobre el bastón de la comunidad tuareg para rentabilizar el negocio de la droga. ¿Por qué no repetir la misma estrategia en Libia?.

En el caso de Libia, también hay que estudiar los factores exógenos y endógenos, que han contribuido a que el sur del país sea una nueva plataforma de las mafias internacionales. Por un lado, su vasto desierto donde las autoridades están ausentes y, por consecuencia, la fragilidad institucional. Por otro, las necesidades socio-económicas de la población y de determinados grupos como los tuaregs que se prestan como “guías” para las redes de narcotráfico. Así las cosas, Libia se consolida como una ventajosa estructura del crimen organizado que empezó a vislumbrarse en el año 2000. En esta década, el África subsahariana y una parte del Sahel ya se habían convertido en un importante centro de distribución del tráfico internacional de drogas¹⁵.

El incremento del tráfico de drogas, cocaína y hachís, es además una constante desde la etapa post-Gadafi debido a los altos niveles de inestabilidad y conflictividad. El Estado fallido representa para las mafias una idónea oportunidad para el negocio del narcotráfico y no les faltan colaboradores procedentes de la comunidad tuareg u otras tribus, así como terroristas de AQMI asentados en suelo libio. Libia es también paso para el contrabando de productos provenientes de Asia que son transportados a través de las puertas del Golfo de Guinea para luego atravesar hacia el Mediterráneo.

¹⁵ Terrorismo y tráfico de drogas en África Subsahariana. Proyecto realizado por el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) con la colaboración del Instituto Militar de Documentación, Evaluación y Prospectiva de Argelia (IMDEP)

CONCLUSIÓN

La llamada *revolución del 17 de febrero* ha sido confiscada por opositores al régimen que rechazan la integración en un sistema democrático y dentro de un marco de Estado civil. Si a esto se le suma, los grupos de yihadistas y del crimen organizado que empiezan a operar en varias regiones del país, Libia necesita años para entrar en un proceso de normalidad política. En octubre de 2011, se liberó de la tiranía del Coronel, Muamar El Gadafi, para caer en manos de otra que se llama *narcoterrorismo*. Este fenómeno fue el causante de que en la vecina Mali no se haya encontrado paz, estabilidad o progreso. Mientras que las milicias mantengan el pulso y rechacen el desarme, es difícil que el Consejo Nacional de Transición (CNT) pueda reflexionar en cómo ocupar con recursos humanos la vida política, social o administrativa de Libia. El funcionamiento de un país sólo tiene sentido con estructuras sólidas de la seguridad, unas fuerzas políticas legitimadas por la ciudadanía y una Constitución. Sin embargo, las brigadas armadas repartidas por todo el país, que ejercen el “poder real”, renuncian a la democracia y a la libertad. Por estas dos razones, miles de jóvenes revolucionarios se enfrentaron en 2011 a las fuerzas de Gadafi, confiados en que la caída del régimen ayudaría a levantar un país próspero con una invitación al turismo y, por tanto, al desarrollo. Nada más lejos de la realidad.

i

Beatriz Mesa García*

Periodista

Doctoranda asociada Centre Jacques Berque de Rabat (CBJ) y UCM

*NOTA: Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.